

En Marcha hacia el Concilio

Finalidad del Concilio

Del concilio hablé en el número de SIC de Marzo. Vuelvo al tema para aclarar algunos puntos que quedaron sólo insinuados. Uno de ellos es el fin concreto hacia el que se dirige toda esa actividad del Pontificado. Las frecuentes expresiones del Papa, en una restringida interpretación, han sufrido a veces limitaciones que no se justifican.

Se ha dicho y redicho que este Concilio será el de la **UNIDAD**, la misma idea que acariciaba Pio XII para el Concilio, cuyo borrador encargó al Cardenal Constantini. Ese ha sido con frecuencia el tema de numerosos discursos del actual Pontífice y, aun yendo más allá, quien recorra sus previas actividades diplomáticas por países cismáticos y árabes y sus discursos por tierras orientales, no dejará de señalar una extraña coincidencia, como si todas las circunstancias fueran a hacerle sentir en carne viva, la necesidad de esa unión de los cristianos.

Comenzando por la propia casa

La actualidad perenne del cristianismo es la caridad en acción. Bien lo recalca Jesucristo en el discurso de la última Cena. Ser todos una misma cosa, apuntando, como a ideal, a la unidad de naturaleza en Dios; actuar, a impulsos de esa caridad, en forma tan intensa y general que constituya la nota distintiva del cristiano, es la última recomendación del Redentor. Y no hay duda que el llegar a la plenitud de ese ideal; el vivirlo intensamente y el prenderlo en cada generación, es la obra de los apóstoles y fieles de cada época. No quiero hacer gala de erudición barata con la historia de la caridad heroica: baste saber que hoy el tema de la máxima virtud teológica es objeto de profundos estudios teóricos y al mismo tiempo origen de importantes asociaciones, como la **CHARITAS** internacional. Solo con verdadera caridad se realizará la obra que se requiere; primero dentro de la Iglesia y luego fuera de ella.

Habla el Papa

A los tres meses del anuncio del Concilio (25-Enero-1959; 24-Abril, 1959) hablaba el Papa al Clero que compartió sus labores apostólicas cuando era Patriarca de Venecia:

“NOS rezamos y formulamos votos para que el Concilio ante todo renueve el espectáculo de los apóstoles reunidos en Jerusalem, después de la ascensión de Jesús a los cielos; unanimidad de oración y pensamiento con Pedro y en derredor de Pedro, pastor de corderos y ovejas; ofrenda de energías que se templan y renuevan en la búsqueda de cuanto mejor podrá corresponder a las naturales exigencias del apostolado”

Palabras vagas que junto al panorama de la primera unión de Pedro con los Obispos y fieles, apuntan a una actividad que busca su expresión legítima en las exigencias del apostolado dentro del marco de la evolución social.

Dejando otros testimonios, el 14 de Junio de 1959 la presencia de los alumnos del Colegio Griego de Roma le ofrece espléndida ocasión para concretar más su pensamiento:

“Debe la Iglesia adaptarse a la evolución del mundo moderno con respecto al género de vida que los fieles deben llevar. Cuando haya realizado esto, entonces se volverá a sus hermanos separados y les dirá: Ved lo que es la Iglesia; lo que ha hecho y cómo se presenta. Y cuando la Iglesia aparezca así, sanamente modernizada, rejuvenecida, podrá decir a los hermanos separados: Venid a nosotros”

Ya aquí la visión se concreta más. Hay un doble plano y una doble acción, escalonada en la sucesión de tiempo. Primero dentro de la Iglesia se impone una renovación. Privan formas anquilosadas que no se ajustan a las exigencias actuales. Una tradición (no toda tradición mal entendida clava a la Iglesia en una inercia asoladora y los principios cristianos, reguladores de la vida humana, parecen hablar a hombres y épocas idas, sin rozar siquiera las generaciones actuales. A eso se refiere el Papa al proclamar un **modernismo sano** y un robusto **rejuvenecimiento**. Una vez revitalizado el espíritu católico y presente al mundo con el estímulo de su ejemplo, suena la hora de la invitación fraternal.

Y a medida que corre el tiempo son las fórmulas más claras y precisas, como cuando el 9 de Agosto de 1959 se dirige a los presidentes diocesanos de la Acción Católica Italiana:

“Con la gracia de Dios celebraremos el Concilio y tratamos de prepararlo teniendo ante los ojos lo que en conformidad con el designio de Nuestro Señor, sea lo más necesario para fortalecer y vigorizar las filas de la familia católica. Luego, terminada esta pesada tarea, eliminando cuanto de parte del hombre puede ser un obstáculo, presentaremos a la Iglesia en todo su esplendor, sin mancha ni arruga, y diremos a los que están separados de nosotros, ortodoxos, protestantes...: Ved, hermanos: esta es la Iglesia de Cristo. Nos hemos empeñado en serle fieles y de pedirle al Señor que Ella sea conforme a sus designios. Venid, venid; este es el camino abierto para nuestro encuentro, para la vuelta; venid a tomar o retomar vuestro puesto”

Aunque la conclusión es idéntica y el contenido coincidente, la formulación tiene expresión más viva y más cálido acento.

La Encíclica-Programa

En los principios de su Pontificado, cada Papa, en carta-Encíclica a la cristiandad, expone a grandes rasgos el programa que espera desarrollar durante su reinado. El 29 de Junio de 1959 se publicó la Encíclica “AD PETRI CATHE-DRAM” que versa sobre LA VERDAD, LA PAZ

Y LA UNIDAD CRISTIANA. No podía el Papa pasar por alto su anunciado Concilio, no solo por su importancia objetiva, sino por haberlo calificado él mismo como el hecho-cumbre de su Pontificado. En efecto, en la Parte Tercera, sobre la Unidad de la Iglesia, habla sobre el Concilio y queda allí claramente expresada su finalidad:

"Profundamente animados por esta suavísima esperanza, hemos anunciado públicamente nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico, al que habrán de acudir de todo el orbe de la Tierra, sagrados Pastores para tratar de los graves problemas de la religión y principalmente para promover el incremento de la Iglesia Católica, una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y para poner al día las leyes que rigen la disciplina eclesiástica según las necesidades de nuestro tiempo. Ciertamente esto constituirá un maravilloso espectáculo de unidad, verdad y caridad, tal que al contemplarlo aun los que viven separados de esta Sede Apostólica sentirán, según confiamos, una suave invitación a buscar y lograr la unidad por la que Jesucristo dirigió al Padre-celestial sus ardientes plegarias"

El Concilio en este sentido ha comenzado, no sólo en cuanto se elevan plegarias al cielo para su feliz preparación, celebración y conclusión; sino en cuanto que prácticamente podemos contribuir con nuestra vida intensamente cristiana, a la visión verdadera de la legítima Iglesia, invitando así a los disidentes a entrar en el redil de Cristo. Es el arma principal del apostolado; la convicción por el ejemplo.

El Gran Arquitecto del Concilio

Muchos son los que en él intervienen y cuantos leyeron el artículo de Marzo vieron la grandiosidad de la organización. La actividad de las Comisiones, muchas de las cuales sin la visión del plan total, no tienen razón de ser, ha creado con sus conferencias, artículos avances... un interés que bien podemos llamar, mundial. De todos los rincones llueven ideas y planes. Algunas de ellas no abren grandes ilusiones sobre el éxito; otras se mantienen en un mesurado optimismo. Pensar en conversiones masivas, en derrumbe total de murallas seculares, en cambios instantáneos de pueblos arraigados en raciales prejuicios, arguye falta de visión.

Es la hora de la plegaria; es la hora de sembrar la caridad para una cosecha cierta que recogerán nuestros descendientes. Y esa caridad, basada en la verdad, nos dirá, como afirma el Papa, que la culpa de la división se halla compartida; que muchas actitudes no han sido dictadas por la caridad y que, dejadas a un lado pasadas contiendas, estériles discusiones y mutuos reproches, nos tendamos la mano, como hermanos, seguros de que la mutua benevolencia, contribuirá a la unión de mentes y corazones, mucho más que la actitud puritana o las flechas de argumentos contundentes e irrefutables.

Sigue el Papa de cerca el movimiento de las Comisiones, enriquece su personal con los más

distinguidos colaboradores y El mismo, en persona, ha querido presidir algunas sesiones plenarios de la Comisión Teológica, de la Comisión de Iglesias Orientales y de la Comisión de la disciplina de Sacramentos.

Por reciente documento, al Patrono de la Iglesia Universal, San José, acaba de nombrar Patrono especial del Concilio Ecuménico Vaticano II. No sé qué encanto tan atractivo rodea al Papa que, a pesar de la pesada carga de sus 80 años, parece insensible al cansancio e irradia en torno suyo juvenil optimismo.

En reciente carta apostólica del 19 de Marzo, personalmente da a la Iglesia Universal, en denso párrafo, muchas ideas que viene a confirmar cuanto llevamos dicho.

"Sabeis muy bien que se trabaja en la primera fase de la organización del Concilio con paz, actividad y consuelo. Por centenares se suceden en la Urbe prelados y eclesiásticos distinguidísimos, procedentes de todos los países del mundo, distribuidos en secciones diferentes y ordenadas, cada una entregada a su noble trabajo, siguiendo las valiosas indicaciones contenidas en una serie de impresionantes obras que aportan el pensamiento, la experiencia, las sugerencias recogidas por la inteligencia, la sabiduría, el vibrante fervor apostólico de lo que constituye la verdadera riqueza de la Iglesia católica en el pasado, presente y futuro. El Concilio Ecuménico sólo exige para su realización y éxito, luz de verdad y de gracia, disciplinado estudio y silencio, serena paz de las mentes y corazones. Esto por la que toca a nuestra parte humana.

De lo alto viene el auxilio divino que el pueblo cristiano debe pedir cooperando intensamente con la oración, con el esfuerzo de vida ejemplar que preludie y sea prueba de la disposición bien determinada por parte de cada uno de aplicar, después, las enseñanzas y directrices que serán proclamadas al término feliz del gran acontecimiento que ahora lleva ya un camino prometedor y feliz"

A través de todas estas declaraciones el objetivo del Concilio se perfila claro. La unidad, postulado vital del cristianismo, es su meta sempiterna. Para la reunión con los hermanos separados, el Concilio señala dos fases: la primera, doméstica, interna, aspira a la renovación de una auténtica vida cristiana, para que la Iglesia aparezca ante los ojos de los disidentes sin mancha ni arruga, bella y atractiva. De aquí nacerá la segunda fase, de positiva atracción, donde además de la acción sobrenatural de la gracia, jugarán papel importante nuestra vida cristiana, nuestra oración, prudencia y fraterna caridad.

Gracias a los factores que acaba de enumerar el Papa, la preparación del Concilio avanza con paso firme y seguro. Lo que hasta hace poco se veía en forma nebulosa comienza a condensarse en cuerpo de líneas precisas y podemos confiar en que el Concilio Ecuménico Vaticano II será pronto una realidad, gracias al talento organizador y a la tenaz constancia de Juan XXIII.

VICTOR IRIARTE, S. J.